

## ¿Un Israel sin Netanyahu?

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

De poco le ha servido a Benjamín Netanyahu la intensa campaña de vacunación contra la Covid-19 que puso en marcha muy de prisa antes de los comicios para poder perpetuarse en el puesto de primer ministro. Tampoco la prolongación de la guerra en Gaza, desoyendo los continuos llamamientos de Joe Biden para poner fin a las hostilidades, ha generado la respuesta esperada, aspirando a fortalecer su figura y presentándose como el superhéroe capaz de salvar a Israel de los ataques de sus enemigos. Y ni siquiera los logros alcanzados en política exterior durante la presidencia de Donald Trump, quien pareció velar más por los intereses israelíes que por los norteamericanos, elaborando una chapuza de plan de paz sin recorrido alguno. Aunque reconociendo a Jerusalén (incluida la parte oriental ocupada) como la capital de Israel, trasladando la embajada a esta ciudad y propiciando acuerdos internacionales con otros estados musulmanes. Pues nada de nada. Netanyahu, tras doce años seguidos en el poder y acusado de tres delitos de corrupción, ha sido capaz de unir a buena parte de la oposición para desbancarle de su puesto. De ahí que el 13 de junio se convierta, posiblemente, en una fecha histórica en ese país, pero con la cautela debida con un personaje como Bibi.

De hecho, la jornada en el Parlamento fue de infarto. Y no sólo por los gritos, insultos y abucheos, sino por el temor a que el llamado gobierno del cambio no saliese adelante porque algún diputado se echase atrás o fuese “comprado” por Netanyahu. No era la primera vez que se veía en esta tesitura, habiendo salido hasta la fecha siempre triunfador. Por eso, los muñidores del acuerdo y sus máximos beneficiados, Naftali Bennett y Yair Lapid, contuvieron la respiración hasta el último momento. Netanyahu, animal político donde los haya, es viejo zorro y se las sabe todas. Es el dirigente con mayor experiencia de cuantos brillan hoy en el firmamento político israelí, habiendo superado incluso al mismísimo Ben Gurión. Ciertamente, nadie sabía qué iba a pasar hasta la validación final. Sólo entonces se pudo dar por bueno el éxito de los anti-Netanyahu, quien, por otro lado, amenazó con regresar pronto. Y a este respecto, la cosa dependerá de lo que hagan los tribunales, los únicos que pueden terminar de arruinar su vida política. Si la sentencia fuera condenatoria, fuese o no a la cárcel (como en su día Olmert), su caudal político es posible que se habría terminado. No obstante, insisto, con él nunca se sabe. Por el momento, su intención es seguir al frente del Likud y mantenerse como líder de la oposición, trabajando en pro de la caída de un ejecutivo débil y pegado con papel de fumar. A la espera de juicio, por tanto, ahora se va a dedicar a socavar los cimientos de la coalición y a provocar unas nuevas elecciones generales en las que podría volver a tener su oportunidad.

Desde luego, poco espero de una amalgama de ocho partidos que van desde la extrema derecha a la izquierda y en la que por primera vez hay una formación islamista, Raam. Una alianza donde apenas hay programa de gobierno, muchos ministros (27) y numerosos recelos. Una asociación, en definitiva, con apenas puntos compartidos y con un único objetivo y común denominador: echar a Netanyahu. ¿Es eso suficiente para sacar adelante una acción de gobierno centrada sólo en contenidos económicos y sociales, si bien deja problemas clave (como el tema palestino) en el tintero? Sinceramente, pienso que no y, la verdad, no le auguro un largo futuro. Siendo el pacto por cuatro años, me temo que no tardaremos en ver o una crisis gubernamental o una nueva llamada a las urnas. Tenemos la reciente experiencia del compromiso entre

Netanyahu y Benny Gantz, también pensado para una legislatura y con una alternancia en la presidencia, como ahora. Sin embargo, las discrepancias internas terminaron por arrumbarlo y acabaron en votaciones. Eso que los partidos gobernantes tenían mayor afinidad que ahora, donde el espectro político se ha agrandado, con los peligros que eso tiene.

En este sentido, las diferencias entre los firmantes son enormes, empezando por los dos protagonistas llamados a alternarse en el cargo. Mientras Lapid pasa por ser una figura de centro, Bennett es un ultranacionalista de extrema derecha, defensor de los colonos israelíes y partidario de la anexión de buena parte de Cisjordania. En algunos de estos asuntos, estaría en posiciones incluso más radicales que Netanyahu y el Likud, de manera que el hecho de que sea el primero en el relevo es una mala noticia para avanzar en el conflicto palestino-israelí. No obstante, esta cuestión, como digo, ha quedado fuera del convenio, por lo que habrá que esperar qué hacen otros actores, como la Administración Biden, por ejemplo. Asimismo, serán interesantes los contra-frenos del propio Lapid y, en especial, de las fuerzas de izquierda, Meretz y el Partido Laborista, así como el ya mencionado Raam. En conclusión, demasiados flancos expuestos para que el proyecto pueda salir adelante con solvencia y un Netanyahu acechando a la vuelta de la esquina.

14 de junio de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 19 de junio de 2021, p. 32